



En la Calle Recta

Tu Palabra es
lumbraera en mi
camino

ECR: Es un
diálogo abierto
para mirar
juntos las
Escrituras, y
encontrarnos
en Cristo,
católicos y no
católicos

www.irs.nu



Fundación
En la Calle Recta
Prins Hendrikweg, 4
6721 AD BENNEKOM
HOLANDA
Tel: 0318 - 43 12 98
Fax: 0318 - 43 13 95
E-mail: secr@irs.nu

Website:
www.enlallacallecta.es

Evangelista
J. ten Klooster

Junta de dirección
C. van de Worp (presidente)
A.H. Cornelisse (secretario)
J.P. Hollebrandse (tesorero)
G.V. den Hartog
T.J. van Iperen
J.D. Liefstig
H. de Vries
C. Westerink

Redacción ECR
Director
J.D. van Roest
E-mail:
j.vanroest@chello.nl

Redactor jefe
Fco. Rodríguez
E-mail:
Fco.rodriguezperez@
telefonica.net

**Esta revista
no se ponga a
la venta, porque
es gratuita.**

Índice

Ven Señor Jesús	3
La Luz del mundo	4
Luz en las tinieblas	6
Un mundo que camina hacia su final	8
“Vimos Su gloria”	10
La tristeza de los pobres de espíritu	12
El Testimonio de sus Cartas	14
Carta a los Filipenses, cap. 3:12-21	16
“La fe que obra por el amor”	19
Un día fui preso yo	21
Tu Palabra es lumbre en mi camino	22
Un creyente es santo en Cristo, nunca en sí mismo	23
La Biblia también habla al niño	25
Dios y el hombre cara a cara	27
Oferta de Libros	30

Diálogo y Testimonio

Esta es la meta que nos proponemos con la publicación de ECR.
Un diálogo abierto y sincero con católicos y no católicos, a la luz, siempre, de la Palabra de Dios.
Nuestro testimonio no se fundamenta en nuestra filosofía y teología clerical, sino en el llamamiento de Dios por Su gracia y la revelación de Su Hijo en nosotros, sacándonos de las tinieblas religiosas a la luz de vida en la fe de Cristo Jesús.
En la certeza y la convicción de que la Palabra de Dios es viva y eficaz, y tiene poder para sobreedificarnos.

Texto bíblico

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús... Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a Sí Mismo todas las cosas” (Filipenses 3:12-21).

Ven Señor Jesús

A .B. van der Heiden

“Bendito el que viene en el nombre de Yahweh” (Salmo 118:26).

El texto del Salmo 118 nos habla de la venida del Señor. Este Salmo es un Salmo mesiánico, que se cantaba en la inauguración del templo después del destierro de Babilonia. El salmista ve en una perspectiva profética a Cristo en Su humillación y también en Su glorificación. Los edificadores del templo desecharon una piedra, que Dios ha puesto como cabeza de ángulo sobre la que descansa el templo.



Y Pedro dice en su primera carta que esa Piedra Angular es la Piedra viva, es decir, Jesús, el Salvador, desechada por los hombres, pero para Dios escogida y preciosa. A Él miraban los que volvieron del destierro, quienes verdaderamente habían podido inclinar su cerviz ante el juicio de Dios.

La experiencia de la misericordia de Dios fue para ellos como una resurrección del sepulcro de Babilonia. Ya que en Babilonia prevalecía la muerte. Pero ahora daban gritos de alegría. El templo está preparado. “Este es el día que hizo el Señor; nos gozaremos y alegraremos en él. Oh Señor, sálvanos ahora te ruego; te ruego, oh Señor, que nos hagas prosperar ahora” (Salmo 118:23-25).

Aquí se oye el humilde e implorante anhelo del gran día en el que este templo será lleno con la gloria del Salvador. Su venida me trae salvación plena. Escucha el grito de bienvenida de nuestro texto: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”.

Ese es el clamor de un pecador que desea la salvación. Ese es el grito de bienvenida de un corazón pecador quebrantado. Ese grito es un verdadero anhelo en espera de la venida del Mesías. Si el corazón abatido del pecador señala a Jesús, esa única Piedra Angular, entonces el corazón salta de alegría, diciendo: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”.

Y esa venida es segura. Las cosas que son prometidas por el Señor tendrán su cumplimiento. Nuestra alma le da una cordial bienvenida, cuando Él se digna entrar en nuestro corazón. Él se hace lugar en un establo tan miserable e inmundo. ¡Ahí tiene lugar la Navidad! “Bendito el que viene en el Nombre del Señor”.

Él viene en el Nombre del Señor. Eso es: con el poder y la autoridad del Señor de los ejércitos. Él viene para llevar la culpa de Su pueblo desde el pesebre hasta la cruz.

Pídele al Señor un encuentro con Él. Pues el que no ama Su venida está bajo maldición. Maranatha, el Señor viene. “El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén. Sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).

La Luz del mundo

A. J. Kunz

“Aquella luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, venía a este mundo” (Juan 1:9).

Cristo es la verdadera Luz, que resplandece en el mundo, para alumbrar a todo hombre.

Ya primeramente Juan escribe sobre la Luz que resplandece en las tinieblas. Dios se da a conocer en este mundo. Y es que Él es nuestro Creador. Sin embargo, nosotros estamos cegados por el pecado. No puede parecernos trágico, ya que nuestra ceguera no es una tragedia, sino culpa nuestra. Dios, no obstante, no nos ha dejado en la estacada.

Juan el Bautista es llamado para anunciar la venida de Cristo, la Luz del mundo.

Cristo es la verdadera Luz, viene a este mundo para alumbrar a todo hombre. Ahora pone el acento en la redención. “Venía a este mundo”, indica siempre en Juan la venida redentora de Cristo. Varias veces asocia esto con la metáfora de la luz.

En la noche del nacimiento del Jesús pudieron oír los pastores: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, el Salvador, que es Cristo el Señor” (Lucas 2:11). Después Simeón vio cumplida su esperanza cuando tomó al niño Jesús en sus brazos: “Ahora Señor, despide a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han vistos mis ojos tu salvación” (2:29-30).

Isaías ya lo había profetizado: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra” (Isaías 49:6).

La Luz salvadora de Dios brilla en este mundo. La venida de Cristo es la promesa del día nuevo de Dios. Las tinieblas de nuestro pecado no tienen que tener la última palabra. La Luz del mundo hace su aparición salvadora. Por muy tenebroso que sea en este mundo y en nuestro corazón: Viene la Luz de Dios y sucumbe lo tenebroso.

Cristo viene para alumbrar a todo hombre. ¿Qué significa esto? Ya que está escrito que el mundo no le conoció. Él, que es el Creador de este mundo, no se le reconoce en este mundo. La Luz ha venido a este mundo, y los hombres han amado las tinieblas, más que la Luz, porque sus obras eran malas. “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11). Incluso en Israel no es bienvenido. Judíos y gentiles golpean a Jesús al unísono en la hora de la cruz.

La venida de Cristo, la Luz del mundo, hace obviamente también división. Los hombres han amado las tinieblas más que la Luz. ¡Los hombres... también nosotros!

Nosotros no aceptamos a nuestro Creador, pero tampoco a nuestro Salvador. A pesar de esto no está todo dicho. El mundo no le conoció. Los Suyos no le recibieron. “Mas a todos los que le reci-



bieron, a los que creen en Su Nombre, les dio potestad de ser hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni voluntad de varón, sino de Dios" (Juan 1:12-13). Dios Mismo hace un nuevo comienzo. Así como Él en el amanecer de la creación creó al hombre, también lo hace en la regeneración. En medio de las tinieblas de este mundo hay: gente, nacida de nuevo por el Espíritu de Dios. No son más hijos de las tinieblas, sino hijos de

Dios. Y son los que creen en Su Nombre. Cristo no viene en vano: "Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Juan 8:12).

La Luz ha venido a este mundo. Yo soy la Luz del mundo, dice Cristo. El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. ¡Cristo es la Luz eterna!

¡Creación y salvación vienen juntas!

Luz en las tinieblas



“La Luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella” (Juan 1:5).

A. J. Kunz

La luz resplandece en las tinieblas. Sin darnos cuenta pensamos en Génesis 1. La tierra desordenada y vacía estaba en tinieblas. Hasta que Dios pronunció Su Palabra creadora: “Sea la luz”. Por el contexto de Juan 1 se deduce que Juan

efectivamente se refiere a Génesis 1. “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Esas palabras resuenan al principio del Evangelio según Juan. “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”. Juan proclama el Evangelio de que Jesucristo, la Luz del mundo hizo su aparición. Además vuelve al principio. Dios ha creado este mundo por la Palabra. Cuando Dios habló, estaba también allí la Palabra increada

de Dios. Todas las cosas son hechas por la Palabra y sin esta Palabra nada de lo que ha sido hecho fue hecho. En otras palabras: creación y salvación vienen juntas. Dios salva al mundo, que es Su obra creadora.

¡Sea la luz! Por esta Palabra creadora Dios hace habitable la tierra. Sin luz no hay posibilidad de vida. Sin Dios tampoco. Juan nos indica la fuente de nuestra vida. “En la Palabra estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”. Nosotros sólo podemos vivir porque Dios es, la Luz de los hombres. Dios todavía dice: ¡Sea la luz! Nuestra vida viene, pues, de Dios el Padre de las luces. Junto a Vos, SEÑOR, está el manantial de la vida.

La Luz resplandece en las tinieblas, dice Juan. La palabra “tinieblas” tiene en Juan otro sonido que en Génesis 1. No son las tinieblas del principio. Cuando la tierra era ciertamente inhabitable, pero el pecado aún no había hecho su entrada. En Juan se trata de las tinieblas que nosotros mismos hemos causado, porque nos hemos separado de Dios, nuestra verdadera vida. Esas tinieblas son la consecuencia de nuestra caída y culpa. En estas tinieblas resplandece la Luz de Dios. A pesar de que nosotros apaguemos todas las luces, sin embargo Dios deja resplandecer la luz de Su presencia en este mundo. No sólo en la noche de Su natividad, cuando el cielo se abre. Entonces la luz salvadora atraviesa las tinieblas. La gloria del Señor rodeó de resplandor a los pastores en los campos de Belén. Pero Dios a través de los siglos no dejó de mostrarse. Si no la vida sería imposible sobre la tierra. La Luz, sobre la que Juan habla en nuestro texto, es la presencia de Dios, nuestro Creador.

Podemos intentar oscurecer la Luz del mundo haciendo a un lado a Dios en nuestro mundo, pero sin embargo la Luz de Dios resplandece en las tinieblas. Este mundo es, pues, de Dios. Él no deja caído a Su mundo venido a menos. Él hace salir Su sol sobre malos y buenos. Efectivamente, la Luz resplandece en las tinieblas.

Aunque nosotros le seamos infieles, Él permanece fiel. La pregunta es sólo si nosotros nos damos cuenta. Las tinieblas, pues, no recibieron la Luz. Por el contexto vemos cuál es la intención de Juan. No recibir la Luz es no conocer a Dios. Significa no reconocerle. ¿Le reconocemos también nosotros mismos? Las gentes no entienden nada de Dios. Ellos no necesitan a Dios. Les parece tener suficiente luz en este mundo. Pero cuando esas lucecitas se apagan, precisamente entonces se ve cuán densas son las tinieblas de este mundo. A eso no ayuda la iluminación de las fiestas. “La Luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella”. Inconcebible, pero cierto.

En ese, “no prevalecieron”, se pronunció juicio contra nosotros. A pesar de toda la vanidad de este mundo. Mientras no conozcamos a Dios, no entenderemos nada de nada. ¿Se debe permanecer en esta trágica conclusión? Gracias a Dios, no. Dios nos hace proclamar: Se mostró la Luz redentora del mundo. La luz de Dios no solo brilla en las tinieblas. Irrumpe a través de ellas. Desaloja las tinieblas de tu corazón. Nuestro Creador quiere ser nuestro Redentor. El Hijo eterno de Dios se hizo hombre, por nosotros y por nuestra salvación. ¿Anhelamos esta Luz? Ven Señor Jesús, Hijo eterno de Dios, haz perfecta mi salvación.

Un mundo que camina hacia su final

A. Vergunst

“El SEÑOR le cerró la puerta”
(Génesis 7:16).

Noé durante muchos años dio un testimonio con su vida. “Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé” (Génesis 6:9). La vida de sus conciudadanos, que vivían según los deseos del mundo, era desaprobada por la manera de caminar con el Señor el peregrino Noé. Podemos ver en todo el caminar de su vida que buscaba otro bien, que el que buscaban sus contemporáneos, que solamente vivían para comer, beber y divertirse.

En relación con esto el Señor Jesús habló de un próximo juicio. “Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos” (Mateo 24: 38-39).

Noé creyó que este justo juicio vendría. Siguió construyendo el arca. Aunque ya habían pasado muchos años. “Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe” (Hebreos 11:7).

Su manera de actuar está llena de la justicia de Dios. A pesar de esto no significa que solo hubiese hablado sobre

la ira de Dios. La construcción del arca es a la vez una manifestación de la gracia de Dios. Dios va a exterminar, pero también salvar. El arca es la señal de la salvación. Descubre la compasión de Dios en un mundo lleno de culpa. Y en todos esos años ha predicado al mundo. Pero también para eso hay un final. Y es en el momento que Dios cerró la puerta del arca. “Y el Señor le cerró la puerta”. Entonces se acabó. Entonces la oportunidad de ser salvo pasó, ya que cuando Dios cierra la puerta nadie la puede abrir. Solo queda el juicio y la desesperación, pues la puerta está cerrada.

El mundo con todos sus atractivos acaba. Esto se cumplió en el mundo antiguo. “Y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos” (2 Pedro 2:5).

Esto se cumplirá en el mundo en el que nosotros vivimos ahora. También ahora Dios permite anunciar la justicia y la gracia. También ahora se construye el arca, la iglesia, que Dios reúne del mundo y en la sangre del Cordero de Dios pueden encontrar refugio ante la ira de Dios. Aún la puerta del arca, la iglesia, no está cerrada. Pero enseguida va a cerrarse.

Y quienes estén fuera, será para siempre; y quienes estén dentro estarán eternamente dentro. Entonces Su pue-

blo estará dentro: elegido, comprado, llamado, guardado y salvo. Allí Dios será glorificado. El mundo estará fuera: no quisieron que Él fuese rey sobre ellos. “Y También a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y decapitadlos delante de mí” (Lucas 19:27).

¿Cuál será tu parte? Bienaventurados esos pecadores que son salvos por gracia. Aún no se ha cerrado la puerta... Pero poco falta para que se cumpla el tiempo. Dios cerrará en seguida la puerta. “Buscad al SEÑOR mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” (Isaías 55:6).



“Vimos Su gloria”

A.J. Kunz

“Y Aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros (...), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1: 14).

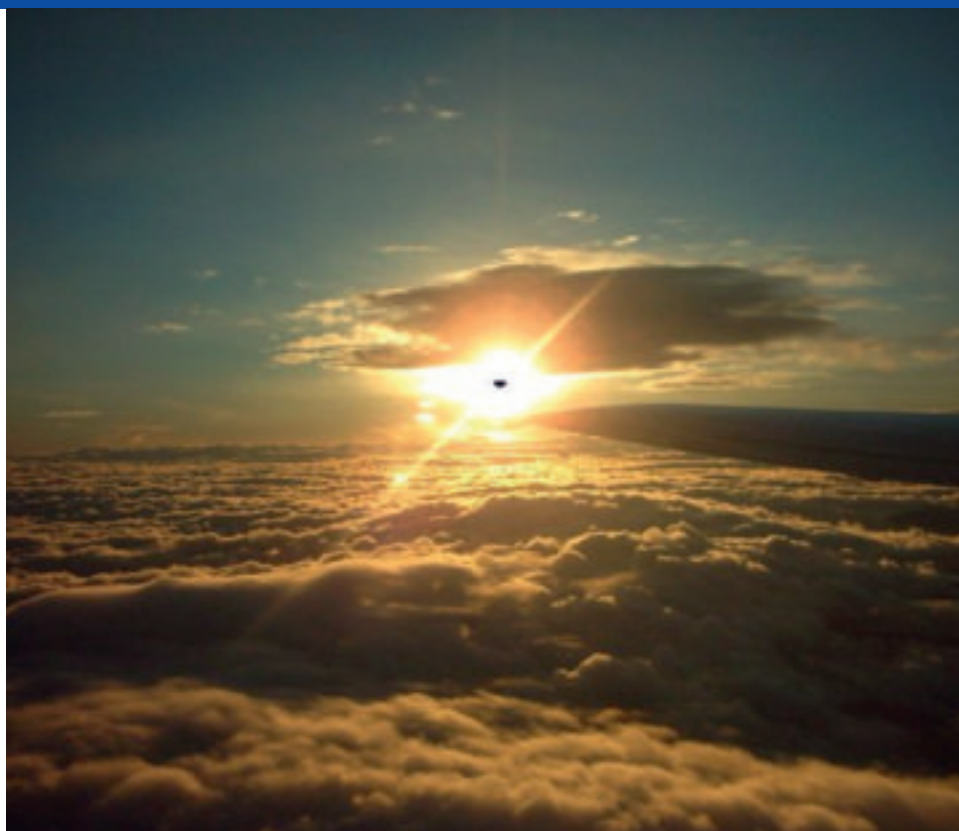
La Palabra se hizo carne. Así describe Juan el misterio de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo. La Palabra eterna de Dios, Luz eterna del Padre, lo vemos envuelto en la carne humana. La Palabra era Dios; la Palabra es hecha carne. Carne indica fragilidad y quebranto en nuestra humana existencia. Toda carne es como hierba, y toda su gloria como flor del campo. Ese es el resultado de nuestra negación y desconocimiento de Dios. Cuando el Hijo de Dios se hace carne, Él toma nuestra carne y sangre. Él se ha hecho en todo semejante a nosotros, sin el pecado. Luego leemos que Jesús ha tenido hambre, cansancio, tristeza. Así es Él nuestro Emmanuel. Dios con nosotros. A primera vista no parece que Jesús sea Él, el Hijo de Dios. Para decirlo con palabras del profeta Isaías: “No hay parecido en Él, ni hermosura: le veremos, más sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres” (Isaías 53:2-3). Jesús vino a un mundo roto y Él Mismo también experimentó ese quebrantamiento. Él vino, pues, para sanar la fractura que había entre Dios y nosotros. Por el Espíritu Santo tomó carne de la virgen María para nuestra salvación. Su aspecto era manso y humilde. No obstante escribe Juan: “Vimos Su gloria, gloria como del Unigénito del Padre” (Juan 1:14).

Parece una contradicción, pero no lo es. A primera vista Jesús no resalta por Su aspecto ni por Su gloria. Pensándolo mejor, sin embargo, Dios precisamente revela en Él Su gloria. Solamente, antes de eso, nuestros ojos tienen que ser abiertos. De otro modo no vemos nada de eso. Juan contempló la gloria de Dios en el Señor Jesús. La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Traducido literalmente: la Palabra ha levantado Su tienda entre nosotros.

Recuerdo del tabernáculo, para Israel el lugar donde el SEÑOR moraba en medio de Su pueblo. El lugar de reconciliación. Cuando la Palabra se hace carne, Dios levanta Su tienda entre nosotros. Para nuestros ojos el aspecto y la gloria de Jesús no resalta, pero Él es realmente Emmanuel (Dios con nosotros).

Juan es testigo de la gloria de Dios. Eso en la Biblia es casi una expresión inaudita. Cuando Moisés dijo: “Te ruego que me muestres Tu gloria” (Éxodo 33:18). Recibe como respuesta: “No podrás ver Mi rostro; porque no Me verá hombre, y vivirá” (33:20). Pero cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, Juan ve realmente la gloria de Dios. No la gloria deslumbrante, pero la gloria de Dios, lleno de gracia y de verdad. La gloria de Dios que salva a los pecadores. Su gracia y verdad son, pues, Su misericordia y Su fidelidad.

La luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no le recibieron. Dios, sin embargo, no nos ha abandonado. Él nos busca en nuestra vida rota. Aunque nosotros hemos roto con Dios, Él no



rompe con nosotros. La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Hemos visto Su gloria. Juan en el Evangelio deja testimonio de ello. Después del milagro de las bodas de Caná escribe: “Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó Su gloria; y sus discípulos creyeron en Él” (Juan 2:11).

Posteriormente, cuando Lázaro estaba enfermo, le escucha decir a Jesús: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (Juan 11:4).

Y en la noche de Su sufrimiento le escuchó orar a Jesús: “Padre, la hora

ha llegado; glorifica a Tu Hijo, para que también Tu Hijo te glorifique a Ti” (Juan 17:1). Dios revela Su gloria en la pasión y muerte del Señor Jesús. Así levanta Dios su tabernáculo entre nosotros.

Luego de nuevo sonará: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán Su pueblo” (Apocalipsis 21:3). Mientras tanto vivimos todavía en este mundo. Un mundo roto, porque nosotros hemos roto con Dios. Pero Dios hace resplandecer Su luz liberadora. Juan dice: “Y vimos Su gloria”. Por su testimonio quiere también el Espíritu Santo hacernos ver a nosotros.

La tristeza de los pobres de espíritu

H. Harkema

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación” (Mateo 5:4).

Es una palabra que no se entiende bien, cuando uno da por supuesto que el Señor aquí pondría una condición para la fe. Aquí se trata como en el resto de las bienaventuranzas de un aspecto de la fe. Estar triste (afligido, apenado) porque el Señor que es amor no recibe la honra que le es debida.

Nunca podemos desglosar las bienaventuranzas de Aquel que, como escribe Mateo, “abriendo su boca les enseñaba”. En la Biblia con el “abrir la boca” quiere decir hablar en nombre de Dios. Los profetas y el gran Profeta abren sus bocas. Después lo hacen también Sus discípulos porque Dios tiene algo que

decirle por ellos a la gente, que siente tristeza por Él. Aquí habla el Camino, la Verdad y la Vida.

En las palabras del texto del principio nos damos cuenta que, lo que Cristo nos dice, es totalmente distinto de lo que se decía en el mundo de aquellos días. Pero también totalmente distinto de lo que se dice en nuestros días.

Los fariseos decían: bienaventurado el que vive irreprensible cumpliendo la ley y así ganará la vida eterna.

En nuestros días se dice en todas partes: Bienaventurado el hombre que no necesita arrepentirse de nada y continuamente puede permanecer riéndose.

Cristo no obstante llama a la gente **afligida bienaventurada**. Gentes con lágrimas en los ojos - así lo dice Él - son

bienaventurados, porque ellos recibirán consolación.

Si tú separas estas palabras de las otras bienaventuranzas, podrías pensar que Cristo aquí se refiere a la mayor parte de las gentes sobre la tierra. ¿Pues quién de los mortales, más pronto o más tarde en la vida no ha tenido



tristeza? Qué miseria hay en la tierra y cuántas lágrimas se derraman cada día.

Estar afligido es pues más que llorar solamente por cosas tristes. La palabra que el Señor Jesús ha utilizado aquí tiene que ver sobre todo con arrepentimiento. En realidad se trata de lamentar, sentir. En una palabra, el Salvador se refiere aquí a la tristeza que es de los pobres de espíritu. Se trata de ese estar afligido espiritualmente sobre lo que Isaías habló ya en el Antiguo Testamento, cuando dice que los afligidos de Sión con la venida del Mesías prometido serían consolados (Isaías 61:1-3).

¿Por qué se afligen? Por el hecho de que no se le tributa a Dios la honra que se le debe como Creador y Salvador. Ni en mi vida, ni en la vida de los demás y tampoco en este mundo echado a perder por el pecado. Eso es estar afligido que en la Biblia se le llama también "tristeza según Dios". Esa es una tristeza diferente de la tristeza de la humanidad. Llorar por las consecuencias del pecado es un hecho común humano. Pero la iglesia de Cristo aprende a llorar por el pecado mismo. Por el hecho de que yo no respondo a mi misión y no soy como mi Creador quiere de mí. Sentir dolor porque mi desobediencia, y también la de los demás, ha causado tanta pena a mí Padre. Jesús dice: "lloran". Hay bastante gente que piensa que el Señor Jesús ha dicho: "Bienaventurado todo el que alguna vez en su vida aprende a llorar".

Quienes una vez han sido convencidos por el Espíritu de pecado y juicio, esos permanecen afligidos hasta su último suspiro. El Espíritu hace eso no una vez sola. Él cada día me hace reconocer mis

fallos y mi oposición a la voluntad de Dios. Las lágrimas del corazón brotan también en mis ojos. Otra vez fallando (pecando). Otra vez entristeciendo a Él, quien tanto me ama. ¿Haré alarde de mis lágrimas? Para que todos puedan ver: ¿eso es algo serio? No, naturalmente que no. El fariseo se puso en la parte de adelante del templo para que todos le pudiesen ver y oír. El publicano se puso en la última fila y sollozando se dirigía a Dios.

El auténtico arrepentimiento no necesita a nadie sino sólo a Uno. Este Uno lloró ante la tumba de Lázaro; Él lloró sobre la ciudad de Jerusalén, que no quiso reconocer lo que era para su paz. Él lloró desgarrado el corazón en la cruz, cuando clamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Sólo Él es el gran Consolador, que también quiso enviarnos a otro Consolador, el Espíritu Santo.

Este me consuela cuando leo en Su Palabra las maravillosas promesas, no para los piadosos, sino para los hombres pecadores. En la promesa de que la sangre de Jesucristo limpia de todo pecado. Que hay perdón por Su perfecto sacrificio en la cruz, no sólo para los demás, sino también para mí. Ese Espíritu levanta mi cabeza agachada y dice: Después vendrá un nuevo mundo, en el que no habrá más pecado. Allí se secarán todas las lágrimas con el gran pañuelo del amor perdonador de Dios. También en esta bienaventuranza apela Cristo a la conversión y a la fe solamente en Él.

Su afligida congregación no está después de todo apenada, sino alegre en Él. Eso es la fe. Una lágrima con una sonrisa, un sollozo y un salmo de acción de gracias.

El Testimonio de sus Cartas

Apreciados hermanos de ECR:

Queridos hermanos cómo no agradecerles, por aquella gracia tan grande, que Dios les ha dado de haber salido de las tinieblas religiosas y haber conocido el camino del Evangelio, y dar de gracia lo que por gracia recibieron.

Hermanos, ya hace por muchos años que estoy recibiendo la revista "En La Calle Recta", la cual la comparto con muchas personas, hermanos, ancianos que algunos ya duermen en el Señor, entre ellos un anciano de 92 años que el día antes de su partida me preguntó si había llegado la calle recta, la cual se la hacía llegar, y hoy se la llevo a su hijo.

Para mí es de mucha bendición, me ha ayudado mucho, junto con mi esposa la leemos. Yo nunca fui de ninguna religión, mi esposa sí fue católica, y doy gracias al Señor de haber conocido el Evangelio Santo, que nos sacó de las tinieblas a la Luz.

Es por eso que doy gracias por tan noble revista la cual nos hace crecer en el conocimiento de la verdad, para alcanzar a más personas, y que tengan un encuentro con Jesucristo y aún sean salvos. Ya que estoy por cumplir 80 años, el Señor nos da fuerza para salir adelante, a pesar de las limitaciones de salud.

Que la Paz de Dios sea con ustedes,

*Héctor S. O
Chile*

.....



Queridos hermanos:

Ante todo doy gracias a Dios por la forma en que los usa a ustedes, su revista es muy instructiva y edificante, estamos suscritos a ella y recibimos y nos gozamos leyéndola. Dios les bendiga y

continúe prosperando en su ministerio. Yo soy médico psiquiatra y desearía por este medio solicitar el envío de los libros que ustedes ofertan en la revista. Mi consulta es un caldo de cultivo para

el Evangelio, creo que no puede haber un lugar donde las personas necesiten más a Dios, ellos van buscando ayuda y yo les doy la ayuda idónea que es Cristo. Nuestro pueblo está muy necesitado de la Palabra de Dios.

“La voluntad de Dios no te llevará donde la gracia de Dios no te proteja”.

Gracias por su atención,

*Milagros de Z.
Cuba*

.....

Queridos hermanos en Cristo:

Ya por varios años recibo con gusto la revista en la calle recta, de la cual disfruto pues el mensaje, que presentan ensalza a Cristo como nuestro único suficiente Salvador. Cuando comencé a recibir vuestra revista (ya por varios años) pertenecía a la confesión religiosa de los testigos de Jehová, en la que he pasado 34 años de mi vida.

Hoy puedo decir con gozo que Cristo me ha liberado y me ha llamado de las tinieblas a Su luz admirable. Aunque sería injusto decir que la revista ha sido el único medio que me ha llevado a Cristo, sí puedo decir que ha contribuido a ello. Por eso oro para que Dios siga bendiciendo vuestro ministerio, para que más personas sean liberadas de la potestad de las tinieblas y trasladadas al Reino de Su amado Hijo.

Oro para que el mensaje de la salvación que proclamáis siga llegando a más personas hasta los lugares más recónditos de la tierra.

*José J. J.
España*

.....

Buenas tardes:

Desde el correo electrónico de mi nieta, deseo dar testimonio sobre el crecimiento en el Señor de mi familia con las lecturas de esta hermosa revista.

Mi oración se ha intensificado, es un verdadero devocionario y refugio el que se hace cada vez que, algunos miembros de mi familia y yo, leemos el contenido de En La Calle Recta, gracias a Dios y a ustedes por la gran labor que hacen para familias humildes y de regiones lejanas como nosotros.

Muchas gracias por su atención y su gran labor,

*María C. C.
Colombia*

.....

Amados hermanos en Cristo:

Deseo que nuestro Padre celestial les siga bendiciendo en la obra que están haciendo para alcanzar a mucha gente y así conozcan a Cristo: El Camino, la Verdad y la Vida.

Estoy viviendo en Hostal Bautista, donde vivimos personas de la tercera edad; y hay aquí una hermana en la fe que recibe la revista “En La Calle Recta”, que me la presta después de leerla. Así, por favor, le ruego que me la manden a mí también.

Oro al Padre Celestial que les siga usando en Su obra de evangelizar a más personas en este mundo profano y de falsa religiosidad.

Reciban muchas bendiciones del Altísimo Dios,

*Luisa F.
Australia*

Carta a los Filipenses

Capítulo 3:12-21

Fco. Rodríguez

“No que lo haya alcanzado ya, ni que sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo que fui asido por Cristo” (v. 12)

Pablo acepta con humildad la condición de ser humano pecador en la fe de Cristo Jesús.

Se sabe y se siente salvo en Cristo, pero es realista a la hora de ver su propia condición humana, siempre capaz de romper la fidelidad al amor de Dios. Esta es una lucha diaria en la que el apóstol al final de sus días, sólo tiene muy cierto, cuando dice: “He guardado la fe” (2 Timoteo 4:7).

Pablo se sabía llamado por Jesús, eso lo pudo comprobar en el camino de Damasco. Pero ese hecho fundamental en su vida fue el principio de una relación personal y continua en la vivencia de cada día, que fue en aumento hasta que el Señor lo llamó a su presencia. Cuando escribe esta carta a los Filipenses, sabiéndose seguro en el Camino de vida, que es Cristo, sin embargo, sabe también que no es perfecto, aunque la salvación que realizó el Señor Jesús es perfecta y total para todo el que vive por la fe en Él.

Pablo se sabe asido por la mano de Cristo, por pura gracia, cuando él incluso perseguía la iglesia del Señor. Y también tiene muy cierto que nadie le puede arrebatarse de Su mano. Pero lo que Pablo ahora anhela es alcanzar en el vivir de cada día una participación plena en la vida redentora de Cristo. Para eso lo ha

asido Cristo, y el quiere asir (alcanzar) también esa vida de santificación y reconciliación en la fe de Jesucristo. El que todavía no lo haya alcanzado, ni que aún sea perfecto, no le detiene en su lucha diaria y prosigue con decisión “de conocer el amor de Cristo, que excede todo conocimiento” (Efesios 3:19), y ser lleno de toda plenitud de Dios. Así llegará el día que alcanzará aquello para lo que fue alcanzado por Cristo. Aunque esa plenitud esté reservada para el día que Cristo nuestra vida se manifieste, entonces también los creyentes en Cristo serán manifestados con Él en gloria.

“Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está



delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (v. 13).

Qué diferente es la actitud de un verdadero creyente, como Pablo, sabiéndose pecador redimido, de aquellos maestros religiosos, que pretenden haber alcanzado la cumbre de la perfección. Estos nunca animan a los demás, sino que fustigan su falta de perfección.

Sin embargo, el apóstol no tiene el menor reparo en decirnos que aún no es perfecto, porque sabe muy bien que mientras viva en esta carne se mostrarán sus carencias.

Pero él nos da un consejo muy práctico: olvídate de lo que queda atrás y prosigue a la meta “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2).

A veces pasamos mucho tiempo remordiéndonos de nuestros tropiezos o errores, pero no reparamos que esos mismos fallos o errores fueron por nuestra falta de fe y de no permanecer con fidelidad en la Palabra de Dios. Mas que de esos errores, de lo que debiéramos lamentarnos, es de nuestra poca fe. Y siempre tiene que pesar mucho más en nuestra vida de creyentes el perdón del amor perdonador del Padre en Su Amado Hijo, que nuestras propias debilidades o pecados. Desde la fe y en la fe de Cristo Jesús la balanza de nuestro corazón afligido no se inclinará nunca hacia nuestra carne de pecado, sino hacia el perdón total de Dios en el sacrificio reconciliador de Cristo. Por eso Pablo dice que él olvida lo que queda atrás y sigue adelante en la fe y el amor del Señor Jesús.

Ningún corredor que mira hacia atrás podrá ganar la carrera que tiene por delante. Se olvida de todos los obstáculos y tropiezos, y sólo mira hacia la

meta. Pablo también hace lo mismo, y eso mismo se lo pide a los creyentes. Esa meta es: “el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. Por eso también les anima a que pongan “la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”. La razón que les da para que tengan esa actitud, se basa en la misma muerte de Cristo, que es también nuestra muerte, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Esta vida es Cristo Mismo, sólo el que por la fe vive en Cristo en comunión con Él, tiene vida eterna. Por eso Pablo le dice a los creyentes: “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifestó, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria” (Colosenses 3:3-4). Esa es la meta que anhelamos alcanzar con una esperanza viva, sabiendo que somos ahora ya hijos de Dios por la fe en Jesucristo, pero también sabemos que cuando Cristo se manifestó “seremos semejantes a Él” (1 Juan 3:2), y lo veremos con nuestros propios ojos. Ante esa inmensa perspectiva, ¿cómo no vamos a olvidarnos de todo lo que queda atrás, y seguir con fe firme en lo que el Padre de toda gracia nos presenta en Su Hijo Amado?

“Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que solo piensan en lo terrenal” (v.18-19).

La vida de Pablo es un seguir a Cristo sin condiciones, tanto en la vida de sufrimiento como en la muerte. Pero muchos no quieren seguir este camino, y por eso son enemigos de la cruz de Cristo. “Cuyo dios es el vientre”. Eso es

lo mismo que decir que son gentes sin el conocimiento de Dios y del sacrificio de Cristo en la cruz. Sólo se conocen a sí mismos, los deseos de su carne y de su propio vientre. "Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, que con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos" (Romanos 16:18). ¿Cuál es el efecto más inmediato que causan estas personas en la congregación de fe? Divisiones y tropiezos en contra del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué debe hacer un creyente ante tales personajes? Apartarse de ellos, y agarrarse con firmeza a la Palabra de Dios. Porque la actitud de tales personas es señal clara de "perdición", mas para ti de salvación. Porque el Señor a ti no sólo te concede que creas en Él, sino que también padezcas por Él (1:29). De esto se avergüenzan los que sólo piensan en lo terrenal, aunque hablen con amplitud del "evangelio", pero con sus hechos niegan que el Evangelio de Jesucristo es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree (Romanos 1:16), tanto al del Este como al del Oeste, al del Norte como al del Sur.

Pablo resume el modo de vida de esas personas en una frase: "Sólo piensan en lo terrenal". Todo lo que hacen está orientado hacia lo terrenal, y sus anhelos están al servicio de lo que puedan alcanzar en esta tierra. Su predicación no abre ningún horizonte más allá de esta vida terrenal. Pablo lo resume en esta frase: "Son enemigos de la cruz de Cristo". Son gentes que no quieren morir con Cristo para recibir por la muerte en Cristo la vida eterna. No saben que "la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas... pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos

nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia" (2 Pedro 3:10-13). Hay lectores de nuestra revista que nos escriben escandalizados por la predicación de algunos "pastores" (o lobos con piel de corderos), que ponen como garantía de fe el alcanzar los bienes materiales, que desean. Baste lo anteriormente expuesto por Pablo para ver quién es el "dios" de éstos. No perdamos el tiempo con estos charlatanes, que proclaman su falso "evangelio", para hacerse ricos en este mundo. Aunque lo perderán todo al entrar en su tumba de muerte.

"Más nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria Suya, por el poder con el cual puede también sujetar a Sí Mismo todas las cosas" (20-21).

Qué abismo se abre entre los que solo piensan en lo terrenal y los que por la fe en Cristo tienen morada preparada en la casa del Padre. Por eso su ciudadanía está en los cielos, y aunque estén en este mundo, no son de este mundo. No tienen sus ojos puestos en las cosas caducas de esta tierra, sino que sus ojos están puestos en las promesas perennes del Padre, hechas realidad en Cristo para todos los que son de la fe del Señor Jesús. Y tienen una esperanza viva en la venida de su Salvador y Señor. Esta esperanza en Él purifica su mente y corazón de todos esos afanes terrenales. Aunque también son conscientes de que tienen un cuerpo corrupto y débil. Pero también tienen la certeza de que este cuerpo de corrupción, de debilidad, de deshonra por causa del pecado será transformado semejante al cuerpo de la

Dios mira en el corazón

gloria de Cristo. Por eso se nos advierte que tan cierto como hemos traído sobre esta tierra la imagen del hombre terrenal, traeremos también la imagen del celestial (1 Corintios 15:49).

Para que todo esto fuese una realidad de la gracia de Dios en nosotros, el Señor Jesús realizó por medio de Sí Mismo un proceso inverso al que ahora quiere hacer con nosotros. Él se despojó a Sí Mismo, se hizo hombre, y tomo sobre Él el pecado de todos nosotros. Ahora a nosotros despojados de nuestros pecados y reconciliados con Dios, nos hace semejantes a Él. Alguien se puede preguntar,

¿con qué poder? Con el poder de Aquel en que habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Colosenses 2:9). Y de sus mismos labios podemos escuchar: "Toda potestad me es dada en los cielos y en la tierra" (Mateo 28:18). Y por boca de su profeta Jeremías quiere responder a todos nuestros interrogantes y dudas: "Yo soy Yahweh, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para Mí? (32:27).

No, Señor, Tu Palabra es Verdad, hágase en nosotros conforme a Tu Palabra. Y cada día el Espíritu y la iglesia digan: ven Señor Jesús.

"La Fe que obra por el amor"

"Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Yahweh. Y Abel trajo también de los primogénitos de las ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Yahweh con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya" (Génesis 4:3-5).

"Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín..." (Hebreos 11:4).

D. M. Elsmán

Ambos tenían sus quehaceres. Uno en la labranza del campo y el otro en el pastoreo del ganado. Los dos nacieron de unos padres conocedores de Dios. Los dos temen al Señor y le llevan ofrendas. Y sucedió que un día Caín llevó ofrenda al Señor del fruto de la tierra. Y Abel llevó también de los primogénitos de sus ovejas.

A vista de los hombres hay poca diferencia. Pero no es lo mismo lo que

la gente ve, pues la gente sólo ve lo que está delante de sus ojos, pero el Señor ve lo que hay en el corazón. Aún cuando desde fuera parece que los dos hermanos hacen lo mismo, leemos: "Y miró Yahweh con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya".

Es significativo que no está escrito: Y el Señor miró con agrado a la ofrenda de Abel; pero no miró con agrado la ofrenda de Caín.

No, sino que está escrito: El Señor miró con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. El Señor mira primero a la persona y después a la ofrenda. Obviamente la diferencia entre los dos hermanos tiene más que ver con su vida interior que con la exterior. La situación interna, la disposición del corazón ante el Señor se hace patente en la ofrenda.

Ya desde las primeras páginas de la Biblia nos muestra el mirar de Dios:

“Yahweh miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios” (Salmo 14:2).

En el Nuevo Testamento también leemos algo que hace referencia al texto del Génesis: “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella” (Hebreos 11:4).

Aquí a Abel se le llama justo, al contrario que a Caín, cuyas obras eran malas: “Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas” (1 Juan 3:11-12).

Aunque externamente puedan parecerse, situados bajo la luz de Dios se ve claro que Caín es del maligno y Abel es justo. Las obras de Caín malas, las de su hermano justas.

¿Cómo es nuestra gratitud ante la presencia del Señor? Podemos decir que nos acercamos “con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia” (Hebreos 10:22).

Ningún hombre puede llevar una ofrenda agradable a Dios, si primero ese hombre mismo no es justificado ante Dios por la fe en Cristo.

Esto ya lo expresaron los reformadores en “la Confesión de Fe de las Iglesias Reformadas de los Países Bajos en su artículo 24, con estas palabras: “Cree-mos, que esta fe verdadera, habiendo sido obrada en el hombre por la Palabra de Dios y por la operación del Espíritu Santo, le regenera, le hace un hombre

nuevo, le hace vivir en una vida nueva, y le libera de la esclavitud del pecado. Por eso, lejos está de que esa fe justificadora haga enfriar a los hombres de su vida piadosa y santa, puesto que ellos, por el contrario, sin esta fe nunca harían nada por amor a Dios, sino sólo por egoísmo propio y por temor de ser condenados. Así, pues, es imposible que esta santa fe sea vacía en el hombre; ya que no hablamos de una fe vana, sino de una fe tal, que la Escritura la llama: la fe que obra por el amor, y que mueve al hombre a ejercitarse en las obras que Dios ha mandado en su Palabra, las cuales, si proceden de la buena raíz de la fe, son buenas y agradables a Dios, por cuanto todas ellas son santificadas por la gracia de Dios.

Antes de esto, no pueden ser tenidas en cuenta para santificarnos; porque es por la fe en Cristo que somos justificados, aun antes de hacer obras buenas; de otro modo no podrían ser buenas, como tampoco el fruto de un árbol puede ser bueno, a menos que el árbol mismo lo sea. Así, pues, hacemos buenas obras, pero no para merecer (pues, ¿qué mereceríamos?, si, aun por las mismas buenas obras que hacemos, estamos en deuda con Dios, y no Él con nosotros, puesto que “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

“Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín”. Esa fe mira totalmente a la gracia que nos es dada en y por Cristo Jesús.

“Por la fe”; esa es la fe justificadora que Jesucristo abraza con todos Su méritos, por los que reconocemos, que no me acepta por la dignidad de mi fe sino sólo la satisfacción, la justicia y la santidad de Cristo es mi justicia ante Dios.

Un dia fui preso yo

L. Uría A.

Mi prisión no eran barrotes, tampoco puertas blindadas, ni paredes de hormigón coronadas de alambradas.

Mi "prisión" eran las drogas, mis cadenas las "picadas".

Mi "verdugo" era la "coca", que a la muerte me llevaba, el "opio" era mi dios, y el cielo la "marihuana", el L.S.D. era la "gloria", y el hachís "la luz del alba".

Pero un día "desperté", la voz de Dios me avisaba, que el "maligno Satanás", tenía presa mi alma, que esa vida que llevaba, era "ficticia, era falsa", que era un gozo "artificial" entre "picada" y "calada", que yo era un pobre "adicto" a unas "sustancias macabras", que me engañaban mi mente, porque jamás me "llenaban".

Aquello que en un principio era una plena "gozada", con "vuelos" de libertad, sin angustias y sin trabas, con felices "escapismos", sin preocuparse de nada, se transformó en un "infierno" cuando la "dosis" faltaba.

El "síndrome de abstinencia", (el mono), otros le llaman, brotó en la noche mas negra, con un vacío que espanta, con "espasmos y temblores", y dolores que "taladran".

Un "esqueleto con guadaña", me llenaron de terrores, mientras su "sombra"

avanzaba y pronunciaba mi nombre.

Gracias, Jesús nazareno, gracias por tu ayuda santa, que me sacó del "infierno", donde las drogas me "ataban".

Gracias, bendito Cordero, gracias por darme esperanza, gracias porque eres tan bueno que me perdonas y me amas.

Amigo, quiero advertirte y avisarte con voz alta:

"No permitas que el diablo te domine en cuerpo y alma, no sea tu voluntad por Satanás gobernada...

ni a tus neuronas las deje del todo "narcotizadas".

No sea tu vida "estéril", como una "sombra que pasa", y a tu cadáver lo encuentren en un pozo o en una zanja, sin que a nadie le interese, ni una flor sobre tu caja, ni quien deposite un beso en tu cara demacrada.

Ven a Cristo, amigo mío, ven sin tardar, Él te ama, Él sabe que estás "hundido", Él sabe lo que te pasa...

Ten confianza y confiesa esa "adicción" que te mata, ven a Cristo arrepentido, ven que Cristo te levanta.

Te dará una "nueva vida", llena de amor, "que no falla"...

una "vida verdadera", que sólo Dios puede darla, y al final, cuando termines con tu muerte la "carrera", en las "moradas celestiales", gozarás de vida eterna".

Tu Palabra es lumbre en mi camino

O. Pereña i Cortina

“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12).

Jesús presenta con toda claridad dos mundos contrapuestos: el de las tinieblas y el de la luz, que no son luz y tinieblas físicas, como lo es la luz solar y la negrura de la noche. Son luz y tinieblas espirituales que tienen orígenes distintos: la luz nace de Dios y las tinieblas del diablo.

Jesús afirma categóricamente que es la luz del mundo y que el que le sigue no será discípulo de Satanás. En este sentido se debe ser muy cuidadoso “porque el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz” (2 Corintios 11:14) con el propósito de engañar a los hombres de la misma manera con que lo hizo con Eva en el paraíso. En esta ocasión se introdujo en la serpiente “que era astuta más que todos los animales del campo”, para que la mujer no se diese cuenta de su fealdad. Así pudo seducirla para que comiese el fruto prohibido. Ahora no utiliza esta artimaña. Hoy utiliza astutamente a personas que se introducen fraudulentamente en las iglesias aparentando ser apóstoles de Cristo cuando realmente son falsos enviados (2 Corintios 11:13).

El problema es cómo descubrir a estos falsos apóstoles, que pululan a nuestro alrededor. La Biblia nos dice que el Señor otorga a la iglesia dones diversos

para edificación de los creyentes. Entre estos dones, regalos, está el de discernimiento de espíritus (1 Corintios 12:10), con lo cual se detecta el engaño que se esconde en la apariencia luminosa del falso apóstol. Pero hay más. Debido a que no se poseen plenamente los dones que el Señor ha distribuido a su iglesia, el falso apóstol puede engañar con sus zalamerías al creyente atacado. Pero el discípulo de Cristo no está indefenso. El Señor ha puesto a su disposición la Biblia, que por cierto Satanás ha intentado, sin éxito, a lo largo de los siglos de destruirla, en la cual se encuentra todo lo que se necesita saber para andar en la luz.

El salmista en una breve sentencia define claramente que la Biblia es “lámpara a mis pies tu palabra, y lumbre en mi camino” (119:105). Dios, en su providencia nos ha dejado un medio para desenmascarar a los obreros fraudulentos que envía Satanás disfrazados de ángeles de luz. Con perseverancia y oración nos hemos de empapar de “toda la Escritura (que) es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre (y la mujer) de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16,17). Así, de esta manera, atendiendo a las enseñanzas que Dios imparte por medio de su Libro adquiriremos la sabiduría, que nos hace sabios para la salvación que es por la fe en el nombre de Jesús.

Un creyente es santo en Cristo, nunca en sí mismo

G. Wassinkmaat

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá a Dios” (Hebreos 12:14). Así escribe el autor de la carta a los hebreos. En el orden de la salvación, la santificación sigue a la justificación.

Leí un día la siguiente historia. Un joven en el interior de la India -hijo de una mujer pobre- entró por casualidad en una red criminal y se vio atrapado en un gran robo, y fue detenido. Sólo por la fianza de una suma considerable de dinero, el grado de la pena se reduciría. La madre del muchacho odiaba el crimen de su hijo, pero le amaba mucho a él. Con duro trabajo, esto es, llevando auestas piedras con las manos desnudas, logró ahorrar durante años esa cantidad. Su espalda finalmente estaba rota, sus manos heridas, pero su hijo quedó libre. Cuando sus camaradas del círculo de delincuentes lo vieron de nuevo en libertad, le propusieron formar parte de las viejas prácticas.

“No”, les dijo, porque mi libertad la ha pagado mi madre con su sangre. ¿Significa esto que este muchacho liberado nunca más pecó? Eso no. Pero no pudo continuar más con esa vida. Su “justificación” (él quedó libre por el amor de su madre) le hizo “santo” (diferente), porque había experimentado de lo que fue capaz el amor. Al ser consciente de lo que le había costado a su madre, para liberarle, le fue imposible seguir la vieja senda.

Así es también con la santificación. En Lucas 7:47 leemos sobre la pecadora que ungió a Jesús: “Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho”. Cuando uno descubre lo que le ha costado al Señor para perdonarte tus pecados, entonces eso te motiva para amarle a Él y guardar Su Palabra con agradecimiento. Y si tú crees que has sido comprado con la preciosa sangre del Señor Jesucristo, entonces se da un profundo anhelo en tu corazón para vivir santamente, para la gloria de Dios y bendición de los demás. Así se cumple lo que está escrito: “Nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él” (Efesios 1:4). Sin esa nueva obediencia es imposible que seas bienaventurado. Según el autor de la carta a los Hebreos sin la santidad (santificación) nadie verá a Dios (Hebreos 12:14).



En distintos lugares de la Biblia se encuentra la palabra santo, tanto en el Nuevo como del Antiguo Testamento. Uno lee sobre el lugar santo, unción santa, sobre el sábado santo, sobre la montaña santa, sobre el lugar santísimo en el tabernáculo y después en el templo. Y de una manera especial la palabra santo concierne al Señor Mismo. El Señor es santo. Eso quiere decir que Él es totalmente Otro, que en Él no hay pecado y que por eso Él no puede ver el pecado. Uno lee sobre la santidad de Dios entre otros en Levítico 20:7, Isaías 6:3 y 1 Pedro 1:16.

Santo no sólo significa apartado para Dios, sino también dedicado a Él: que vive santo, anda en los caminos de Dios. Esa era finalmente la misión de Israel y de la iglesia en el nuevo pacto, es decir, obedecer al Señor y reconocerlo en todos Sus caminos.

Cuando el Espíritu de Dios renueva tu viejo corazón y tus ojos son abiertos para el amor y la gracia de Dios, odias y dejas el pecado, y vas a caminar en una renovación diaria de vida.

Calvino lo expresa así: "Santificación es que tú estás gobernado por el Espíritu de Cristo". Eso no permanece oculto, sino que se manifiesta en tu actuar y tu caminar. Vives en el Señor con alegría, te niegas a ti mismo, tomas tu cruz pacientemente, te esfuerzas por el reino de Dios y dejas que la luz de Cristo alumbre a la gente. Hacer la voluntad de Dios ocupa el primer lugar en tu vida.

¿Es la santificación algo que el creyente mismo puede hacer? No, eso no. No es que la obra de la justificación sea de Dios y la santificación sea obra nuestra. Pues también la santificación es un don de Dios. Porque Cristo no sólo nos otorga

la justificación sino también la santificación. La santificación depende de Él que sufrió y murió, no sólo para nuestra justificación (perdón) sino también para nuestra santificación (renovación). Escucha como oró: "Santificalos en Tu verdad; tu Palabra es verdad. Y por ellos Yo me santifico a Mi mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad" (Juan 17:17 y 19). Y Pablo escribe en 1 Corintios 6:11: "Ya habéis sido lavados; ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios".

Un creyente en sí mismo permanece un pobre y perdido pecador. Pero vive por la fe en el Señor Jesucristo y se da este maravilloso trueque: Él quita nuestro pecado y a nosotros nos viste con Su justicia. Sin embargo, uno permanece en sí mismo débil de ánimo y pequeño de fuerzas. Tú carne necesita ser crucificada todos los días, cada día el viejo hombre debe morir y levantarse el nuevo hombre. Así un creyente sólo es santo en Cristo nunca en sí mismo. Por eso el auténtico creyente sólo busca su justificación y santificación fuera de sí mismo, es decir, en Cristo.

Con tus propias fuerzas jamás alcanzarás la santificación. La batalla contra la maldad fuera de ti y en ti sólo la podrás ganar en unión con Cristo por medio de la fe y con el poder del Espíritu Santo. Cuanto más cerca vivas del Señor Jesús, menos tropezarás en el camino de la santificación. El amor de Cristo mata el deseo del pecado y el Espíritu de Cristo te da la fuerza para dejar el pecado. Finalmente los frutos de la santificación no vienen de nosotros mismos sino de Cristo. Él es la Vid verdadera y el fruto se encuentra en Él.

La Biblia también habla al niño

2 Reyes 2:7-13

“Elías subió al cielo en un torbellino” (2:11).

Tener que despedirse es difícil. Uno nunca sabe si volverás a ver al otro. Eliseo tiene que despedirse. Está con Elías a la orilla del Jordán. Él quiere estar con Elías hasta el último momento. Elías tomó su manto y golpeó las aguas con él. Y he aquí... se abrió un camino entre las aguas. Los dos hombres cruzaron el río en seco. En la otra orilla Elías le dijo a Eliseo pide lo que quieres que haga por ti. La respuesta no se hizo esperar: “Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí”. Los hijos de los profetas recibían una parte. Pero él quería también ser el sucesor de Elías. Este le respondió que se cumpliría su deseo si le viera subir al cielo. Entonces apareció un carro de fuego con caballos

de fuego y separó a los dos hombres. Y en un torbellino subió Elías al cielo. Él no murió, sino fue vivo a su Dios. Eliseo lo vio. No solo el manto de Elías quedó en sus manos, sino que también recibió una doble porción de su espíritu. La subida al cielo de Elías nos hace pensar en la ascensión del Señor Jesús. ¿Qué piensas de esto comparado con la ascensión del Señor Jesús?

2 Reyes 2:14-18
“Enviad”. (2:17).

Eliseo se encuentra junto al Jordán. Tiene el manto de Elías en sus manos. También él golpea el agua del río. Además invoca al Señor diciendo: “¿Dónde está Yahweh el Dios de Elías?”. Los hijos de los profetas le ven y se postran ante él. También vieron que el espíritu de Elías reposaba sobre Eliseo. Ellos



querían ir a buscar el cuerpo de Elías. Eliseo les dice que no deben hacer eso. Pero ellos insistieron, él consintió. Tres días buscaron esos cincuenta varones el cuerpo de Elías. Pero no le encontraron. No, ellos no podrán practicar ninguna idolatría. El Señor no quiere eso. Él, y sólo Él puede ser el centro de su adoración. Y Elías está en cuerpo y alma en el cielo. Allí puede engrandecer a Dios eternamente. Todavía una vez se aparece Elías con Moisés en el monte Tabor. Entonces juntos pudieron animar al Señor Jesús, porque el Salvador iba hacer una difícil marcha hacia Jerusalén. Allí Él ha muerto en la cruz también por Elías. Allí dio Él su vida por los pecadores. “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).
¿Tienes necesidad de la salvación de Dios?

Daniel 2: 19-49

“Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un Reino que no será jamás destruido” (2:44).

La oración de Daniel es escuchada. Dios le da a conocer el sueño. Por eso Daniel le da gracias y alaba a Dios. ¿No te olvidas a veces de dar gracias, cuando el Señor hace realidad lo que le has pedido? Daniel sabe que no es más sabio que los otros sabios del reino. No, el Señor le ha ayudado. Eso es lo que Daniel le dice al rey. Y le declara a Nabucodonosor el sueño, que había tenido. El rey había visto en su sueño una gran estatua, hecha de oro, plata, cobre, hierro y barro. La imagen representa cuatro reinos. La cabeza es de oro. Ese es el poderoso rey Nabucodonosor. Después de su reinado vendrán otros reinos no tan poderosos. Entonces una gran piedra destruyó la estatua totalmente.

Ese es el Reino de Cristo. Los reinos de esta tierra perecerán. Pero el Reino de Cristo permanecerá eternamente. El Rey de ese Reino es Cristo, el Todopoderoso. Él vendría para morir por los hombres pecadores. Qué maravilloso sería si tú también pudieses ser ciudadano de ese Reino.

¿Es Jesucristo tu Rey, o eres tu mismo el dueño de tu vida?

Daniel 3: 1-30

“Hay unos varones judíos, oh rey, no te han respetado; no adoran tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado” (3:12).

“¿Estáis dispuestos para que al oír el son de bocina..., os postréis y adoréis la estatua que he hecho?”. Nabucodonosor había hecho una gran estatua. Todos debían adorar esa imagen. Quienes no lo hiciesen, serían arrojados dentro de un horno ardiendo. La bocina suena. Toda la gente se inclina ante la imagen. ¿Todas las gentes? No, observa, tres personas siguen de pie. Son: Sadrac, Mesac y Abed-nego, los amigos de Daniel. Ellos no se inclinan ante ese ídolo, sino que sirven al Dios verdadero. Le dicen a Nabucodonosor que su Dios puede librarles del horno.

¿Son arrojados, pues, en el horno? ¡Qué horror! No, es más terrible para las gentes que se inclinan ante un ídolo.

Tal vez tu computadora o tus juegos son más importantes para ti que el Señor. Entonces esos son tus ídolos. No olvides que todos los que sirven a los ídolos serán arrojados por Dios en el fuego del infierno. El Señor quiere salvarte de eso, como también lo hizo con los tres amigos de Daniel ¡Adórale sólo a Él!

¿Ha visto la gente de hoy en ti que amas al Señor?

Dios y el hombre cara a cara

J. Ruiz

La Biblia es un libro que nos habla de Dios, pero que también nos habla del hombre. Las palabras de la Biblia son la revelación de Dios, puesto que Él se da a conocer en sus páginas de una manera especial, mucho más profunda de lo que cualquier hombre haya podido ver o decir jamás acerca de Él. Pero también la Biblia da a conocer al hombre la verdad acerca de sí mismo, y así puede verse tal y cómo es. Esto es algo importante, puesto que tenemos la tendencia descrita en Santiago 1,23-24, de olvidarnos cuál es nuestro verdadero rostro. Aún más, tenemos la tendencia a creernos mentiras acerca de nosotros (Hebreos 3,13), es decir, a creernos demasiado importantes, a vernos a nosotros mismos demasiado grandes. Como consecuencia de ello, a Dios se le acaba viendo también demasiado pequeño.

Sin embargo, la Escritura, cuando presenta a Dios y al hombre frente a frente, nos ofrece la verdad de quién es Dios y de quién es el hombre. Por cierto, nunca en la Biblia el hombre aparece como un verdadero ateo o agnóstico. La razón es simple: aunque lo niegue, siempre tiene algún conocimiento de Dios. "Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa". (Romanos 1,19-20). Así que, aunque no tenga ningún ejemplar

de la Biblia a mano, todo hombre tiene ante sí el libro de la Naturaleza, por la cual cada ser humano conoce suficientemente acerca del poder y la divinidad del Creador. En su interior, su corazón alberga como mínimo algún sentimiento, o aun alguna intuición, de que Dios existe. Y es que no puede ser de otra manera, porque "en Él vivimos, y nos movemos, y somos" (Hechos 17,29). Aunque no lo conozca personalmente, o incluso si lo niega intelectualmente, todo hombre sabe que su existencia en este mundo no se explica enteramente por sí misma, y que detrás y por encima de todos los acontecimientos de su vida está un Dios que lo dirige todo, puesto que Él "sustenta todas las cosas con la palabra de su poder" (Hebreos 1,3). Esta es la base sobre la cual la Escritura presenta al ser humano en relación con Dios: el hombre no lo puede negar, porque simplemente Dios está ahí. Si el hombre insiste en negar a Dios, ello obedece, se debe a que sus ojos están tan deslumbrados por su imaginada importancia propia, a creerse uno tan grande que apenas concede importancia al hecho de que Dios en su vida siempre ante sus ojos, puesto que "ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros" (Hechos 17,27).

Con este correctivo que nos da la Escritura, cualquier circunstancia y situación puede traer a la memoria quién es en verdad Dios. Por ejemplo, un simple paseo por el campo en una noche estrellada, en el alma se puede llegar a sentir lo que expresó el salmista al decir: "Cuando veo tus cielos, obra de

tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” , hasta exclamar asombrado: “¡Oh Yahweh, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!” (Salmo 8,3-4.1.9). Y así a cada momento, en toda circunstancia. Ciertamente, la contemplación de los cielos, por el día o por la noche, nos cuenta la gloria de Dios (Salmo 19,1-6). Las lluvias y las abundantes cosechas en los campos nos hablan de la bondad de Dios con los hombres (Salmo 65,9-13; Hechos 14,17). Dios mismo se ocupa del sustento y alimento de todas las criaturas (Salmo 104,27-28; Salmo 147,9; Job 38,41). De hecho es Dios quien ha creado a toda criatura, a todo animal del campo, haciendo a cada uno de una manera admirable (Job capítulo 39).

Es cierto, pues, que la gloria del Dios Creador se manifiesta en las cosas creadas. De esta manera, como dice la Escritura, se pueden conocer, y de hecho se conocen el poder y la divinidad de Dios, expresión esta última que comprende sus atributos. La grandeza del Universo nos hace pensar en la inmensidad todavía mayor de Dios, quien lo formó. Ver la asombrosa complejidad de todos los seres vivos, o el propósito que se puede incluso discernir en la vida de los hombres y las naciones, nos habla de la inteligencia y sabiduría del Creador y Soberano de todas las cosas. ¿Podríamos hablar incluso de la belleza de Dios? Porque al admirar la belleza de los paisajes y los distintos seres, esto trae igualmente a nuestra alma la idea de que el Dios que los ha creado y dado forma debe ser de una belleza incomparablemente mayor. Y nuestra alma y nuestra boca se llenan entonces de las



palabras más excelsas y sublimes para poder expresarlo, aunque todas ellas no pasen de ser una débil sombra de lo que Dios realmente es.

La contemplación de Dios a través de la Naturaleza nos presenta algo del rostro de Dios. Como hemos visto, esto es algo afirmado por la Escritura, y muchos cristianos a lo largo de los siglos han intentado ahondar esta senda contemplativa. Pero lo cierto es que no hay que olvidar que este conocimiento de Dios por la Naturaleza es limitado (se centra en el Dios Creador y Providente) y además, trae consigo una contrapartida: que nos veamos, a la luz de la gloria de Dios, como lo que somos, es decir, como la nada. Tenemos estas evidencias ya descritas del Todopoderoso, y pensamos luego en nosotros. ¿Qué podemos hacer nosotros, si ni aun podemos añadir a nuestra estatura un codo, ni conservar-

nos el aliento por nosotros mismos más allá de lo que se nos ha sido concedido de vida? Percibimos la inmensidad de Dios, por la cual ni los cielos bastan para contener su gloria, y pensamos luego, ¿qué somos nosotros, si aun todas las naciones con su poder y gloria le son como gota al fondo del cubo? Nada, nuestra pequeñez e insignificancia es absoluta. Incluso el admirable funcionamiento de la Naturaleza nos puede hacer resonar en nosotros las palabras de Dios a Job: ¿Dónde estabas tú cuando lo creaba yo todo? ¿Has dado a todo ser sus maravillosas cualidades?

Y ¿qué decir de la eternidad de Dios? El Salmo 90 la expresa admirablemente: “Antes de que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios... Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilas de la noche” (vs. 2.4). ¡Qué contraste con la duración insignificante de la vida de todos nosotros! “Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos” (y. 10). Ciertamente, la vida de todo hombre es semejante a “la hierba que crece en la mañana. En la mañana florece y crece, a la tarde es cortada, y se seca” (vs. 5.6).

Y todo ello, ¿por qué? Pues pensémoslo un poco: en el fondo, la razón no es otra que por el pecado del hombre. Dios ya advirtió a Adán: “Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2,17). Y el primer hombre pecó, transgrediendo el mandamiento de Dios, por lo que “como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así

la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”, porque “la paga del pecado es muerte” (Romanos 5,12; 6,23).

Pero incluso esto nos lleva a pensar en la gloria de Dios. Porque, al ver al hombre perdido y muerto en sus delitos y pecados, “cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gálatas 4,4), el cual “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2,6-8) y de esta manera Dios “estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación... os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5,18-20). ¡Qué gran maravilla, la gracia y la misericordia de Dios, por la cual Cristo murió por los culpables y pecadores como tú y como yo, para poderlos salvar de sus propios pecados y de la condenación de los mismos!

Y es de esta manera como el conocimiento de la gloria del Dios misericordioso, clemente, compasivo, se muestra a los hombres, en el rostro del bendito Salvador, el Señor Jesucristo (2 Corintios 4,6). Una mirada de fe, sincera y confiada, a este Salvador transformará no sólo tu vida, sino aun más, tu misma alma. “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu de Dios” (2 Corintios 3,18).

Oferta de libros

Con frecuencia nuestros lectores nos piden artículos y estudios bíblicos que hemos publicado en nuestra revista. Ahora les ofrecemos en forma de libro los estudios ya publicados sobre el Evangelio según Juan, bajo el título:

“Diálogo con el apóstol Juan”.

Y también sobre el libro de los Hechos, bajo el título:

“La Vida en la Primitiva Iglesia”.

Dos breves comentarios:

Carta a los Romanos; *que describe la vida y la fe en Cristo de los primeros cristianos en Roma.*

Carta a los Efesios; *que nos presenta en Cristo al hombre nuevo creado según Dios.*

¿Qué es CREER?; *¿Cómo puede ser salvados de sus pecados y cómo puede obtener la Vida en el Señor Jesús Cristo?*

Además reunimos en un volumen muchas de las preguntas que ustedes nos han formulado con sus correspondientes respuestas, bajo el título:

“¡CRISTO!, la respuesta a tus preguntas”.

Dos folletos titulados: **“María madre del Señor”** y **“el católico y sus muertos”**. *Estos dos folletos los publicamos para enviar a todos aquellos que proclaman la Palabra entre católicos (pastores, evangelistas, misioneros).* (Estos dos folletos son totalmente gratuitos).

Los otros libros se los ofrecemos a precio de coste (**dos euros/dólares cada uno**). Nosotros vamos a correr con los gastos de envío. Y si usted no dispone de dos euros/dólares, y en verdad quiere tener alguno de estos libros, se lo enviaremos **gratuitamente**.

El precio simbólico de dos euros/dólares tiene como objetivo el poder disponer de fondos para enviar estos libros al mayor número posible de nuestros lectores, que lo deseen.

Pedido:

¿Qué es CREER?

Número de ejemplares _____

Diálogo con el apóstol Juan:

Número de ejemplares _____

La vida en la primitiva iglesia:

Número de ejemplares _____

¡Cristo!, la respuesta a tus preguntas:

Número de ejemplares _____

Carta a los Romanos:

Número de ejemplares _____

Carta a los Efesios:

Número de ejemplares _____

María, madre del Señor:

Número de ejemplares _____

El libro titulado: **“El Católico y sus Muertos”** ya no tenemos en almacén. Ahora se puede descargarlo de la página raíz de ECR: www.enlacallerecta.es

Haga su pedido a la dirección de En La Calle Recta en la página 32. Y no olvide enviarnos su **dirección postal completa** con: Su nombre y apellidos; Calle con su número; Ciudad o Pueblo; País.

P.D.: Para sus pagos utilice la dirección de la página 32 de las ofrendas. Gracias.



¡Contamos con su apoyo y oración!

Información de imprenta

Muchos de nuestros lectores nos preguntan, cuál es el costo real de la impresión de nuestra revista y los gastos de envío hacia los distintos países. Porque quieren colaborar a sufragar esos gastos, para que otros muchos lectores, que no pueden pagar la revista *En La Calle Recta*, la sigan recibiendo gratuitamente. Hoy queremos hacer pública esta información para dar respuesta a esas preguntas. Y, a la vez, seguir enviando gratuitamente nuestra revista y los libros, que ofertamos, con la ayuda de esos hermanos que quieren colaborar.

El costo de imprenta de la revista por cada ejemplar es:	0,25 euros
El total de todos los ejemplares es:	3.250,00 euros
Los gastos de envío por correo son por cada ejemplar:	0,35 euros
El total de gastos de envío por correo es:	4.550,00 euros
El costo de la impresión por cada libro es:	1,80 euros
Los gastos de envío por cada libro son:	0,85 euros

Esperamos que esta información ayude a muchos hermanos de España y de otros países, cuya situación económica se lo permita, ayudar a que podamos seguir enviando gratuitamente nuestra revista y libros a los hermanos de Suramérica, cuya situación económica no les permitiría recibir esta revista.

A veces nuestros lectores de Suramérica se lamentan de que han dejado de recibir nuestra revista. Por nuestra parte, mientras podamos, jamás dejaremos de enviar gratuitamente nuestra revista a todos los que nos la soliciten. Si algunos dejan de recibir la revista, será siempre por causas ajenas a nuestra voluntad, como puede ser el deficiente funcionamiento del correo postal o el no habernos notificado su cambio de domicilio.

Reciban todos un fraternal saludo en Cristo,



En la Calle Recta

A nuestros lectores

Si quiere tener una suscripción GRATIS,

solo tiene que escribir en un papel los datos completos con su dirección postal: Su Nombre y Apellidos; la Calle con su Número; su Pueblo o Ciudad; código postal si lo tiene; PAÍS.

Envíelos a: En La Calle Recta
Apartado, 215
24400 PONFERRADA
ESPAÑA
También por E-mail: ENLACALLERECTA@telefonica.net

*Si Ud. Cambia de dirección: Notifíquenos, por favor, su nueva dirección. Gracias.

*¿QUIERE COLABORAR?: Desde la fe, ante todo, les rogamos que oren para que esta revista sea siempre pregonera de la pura gracia de Jesucristo y la salvación por la fe, guiada siempre por la Luz de las Escrituras, en la certeza de que todo lo demás nos será añadido (Lc. 12:31).

OFRENDAS:

Quien quiera contribuir económicamente a la publicación de esta revista, hágalo utilizando los siguientes datos bancarios:

Destinatario: In de Rechte Straat
Banco: Rabobank
Cuenta: 3870.05.749
IBAN: NL57 RABO 0387 0057 49
Swifcode(BIC): RABONL2U
País: HOLANDA



En la Calle Recta

* Sólo para evangelizar: Si quiere reproducir o fotocopiar alguno de los artículos, hágalo para gloria del Señor, y no olvide citar la revista y el número de la que ha sido tomado.

*Buzón del Lector:

Si tiene preguntas, dudas, y si quiere mandarnos su propio testimonio o sus artículos, envíelos al:

Redactor Jefe:
Fco. Rodríguez
Apartado, 215
24400 PONFERRADA
ESPAÑA
E-mail: fco.rodriiguezperez@telefonica.net

Website: www.enlacallerecta.es